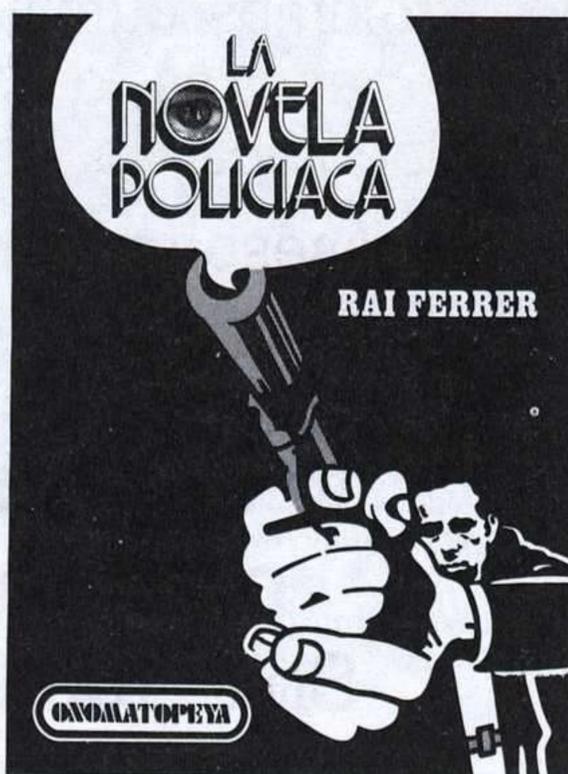


EN TEORÍA

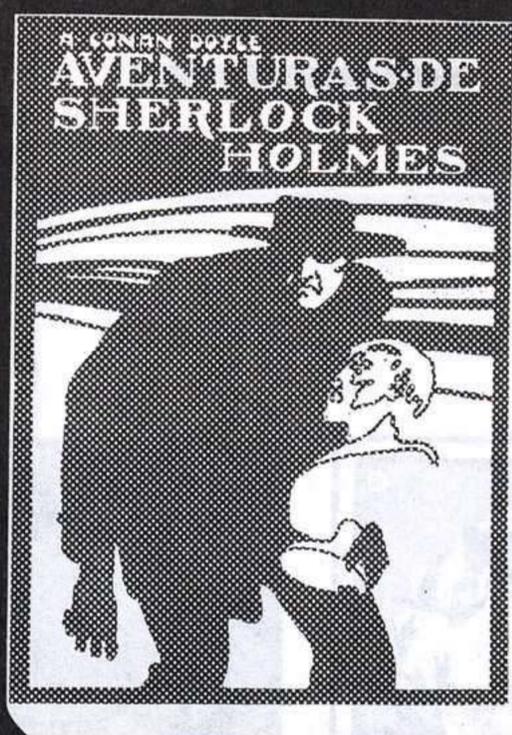
La imagen de la novela criminal

por Rai Ferrer*

Las primeras imágenes de los héroes de la novela criminal proceden de excelentes dibujantes e ilustradores. Pero quien dio vida —cara, ojos, gestos— a los personajes del género fue, sin duda, el cine. ¿Quién, sino Humphrey Bogart, es Philip Marlow? ¿Podría tener el comisario Maigret una cara diferente a la de Jean Gabin? ¿No es Margareth Rutheford la auténtica y genuina



Miss Marple? Rai Ferrer propone en este artículo un breve repaso a la imagen de la novela criminal, al estilo del que hiciera en su libro «La novela policiaca» (Ediciones del Cotal, 1979), excelente y original recorrido por la historia del género en imágenes, y examina las principales aportaciones gráficas y, sobre todo, cinematográficas que han contribuido a su creación.



Dicho lo que antecede, hablemos ahora del género policiaco y de lo que ha dado de sí su ilustración a lo largo de poco más de ciento cincuenta años. Para facilitar las cosas utilizaré la estructura narrativa de mi libro *La novela policiaca*, algunas de cuyas páginas sirven de complemento gráfico a este texto.

El género policiaco: lectura y espectáculo

Cuando en 1841, Edgar Allan Poe escribió *El doble asesinato de la calle Morgue*, no sólo inventó un nuevo género literario, sino que, con la figura de Auguste Dupin creó también a su primer detective. Hijo de una familia venida a menos, Dupin se presentaba como el prototipo del caballero francés del siglo XIX y así pasó a ser recogido por los ilustradores de su tiempo: rasgos bien parecidos, barba y bigotes recortados, capa negra y sombrero de copa. Una imagen que el cine, interesado desde la época muda por la aventura del gorila asesino, se ha encargado de trasladar hasta nosotros.

Semejante en todo al caballero Dupin es el personaje de Emile Gaboriau, Monsieur Lecoq, el primer policía de la novela criminal, creado a imagen y semejanza del fundador de la Sûreté, Eugene Vidocq. Los franceses, muy dados a proteger su patrimonio, hicieron de Lecoq un héroe televisivo de gran popularidad.

Llegamos ahora al personaje que dio carta de naturaleza al género policiaco, y que sentó las bases del detective por antonomasia, tanto en el aspecto literario como en el gráfico. Hablamos por supuesto del sabueso de Baker Street, Sherlock Holmes, creación magistral del doctor y literato inglés, Sir Arthur Conan Doyle. Después de sus primeras apariciones en el *Beeton's Christmas Annual* (1887) y en el *Lippincott's Magazine* (1890), Sherlock Holmes pasó a las páginas del *Strand Magazine* (1891) acompa-

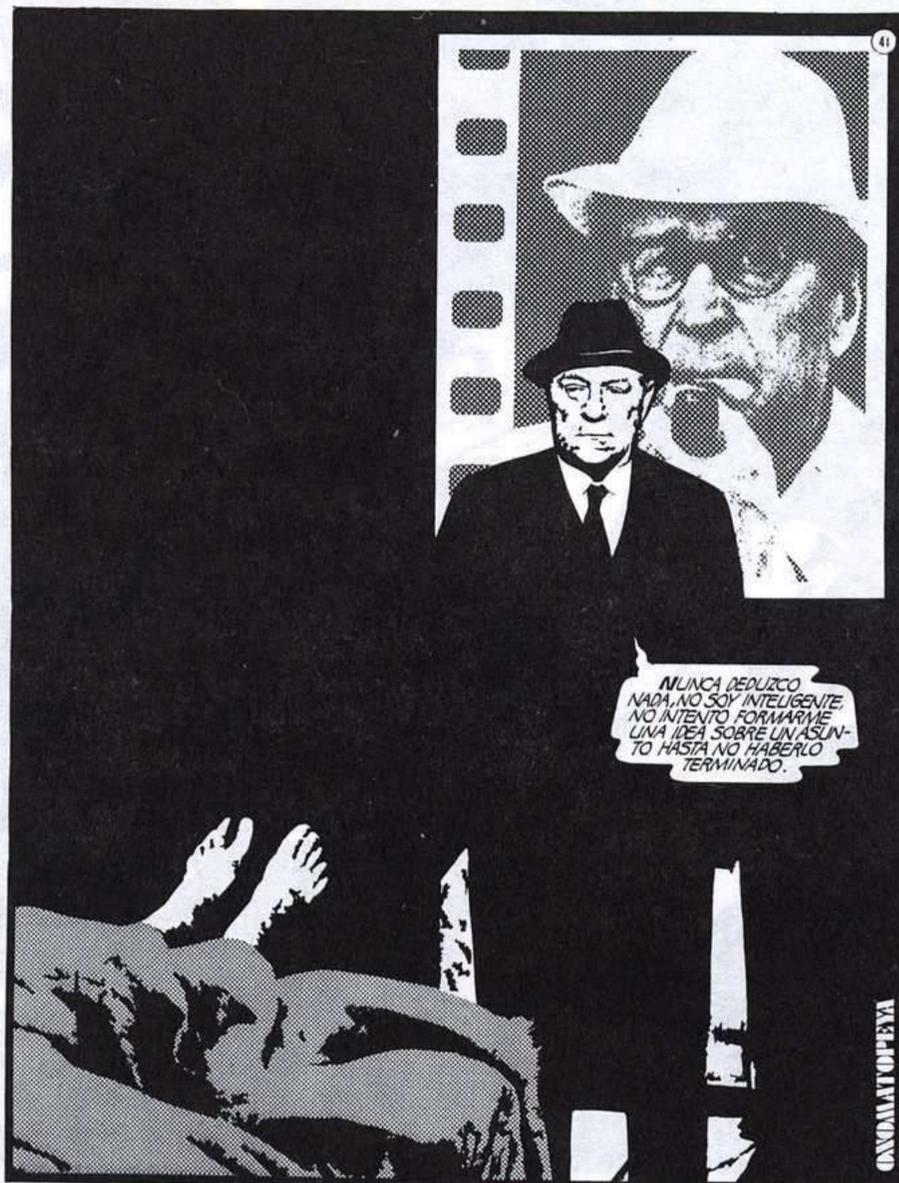
Bajo el título *La imagen de la novela criminal* intentaré ofrecer algunos comentarios a vuela pluma sobre la ilustración de esta narrativa que tiene como padre literario al norteamericano Edgar Allan Poe.

Se ha escrito a menudo que la historia de la humanidad es un poco la historia del crimen y esta realidad, que se remonta a la tragedia griega, pasa por la Biblia y llega hasta nuestros días, ha sido señalada como el origen y principio del relato policiaco.

Dado que nuestro comentario se dirige particularmente a la imagen del género, será bueno recordar que a lo largo de tiempo, los llamados «romances de ciego» llevaron de pueblo en pueblo los sucesos criminales más famosos de cada época. Si los troba-

dores y juglares de la Edad Media habían utilizado la música y el canto para el recuento de hazañas y amoríos más o menos reales, con la aparición del grabado y de la imprenta, los nuevos correccaminos se sirvieron de ambos para ofrecer sus historias por aldeas, pueblos y villorrios.

En el siglo XIX, gracias a los «pliegos de cordel» y a las «aleluyas» litográficas, la stampa popular pasó a adquirir entidad propia, sirviendo de adecuado complemento para la mejor comprensión de sucesos reales o ficticios. En relación con aquel periodo vienen a mi memoria las escenas iniciales del «Crimen de Cuenca», donde un viejo trashumante relata, con ayuda de las viñetas de un «cartelón de feria», la verídica historia narrada en la película de Pilar Miró.



ñado por los dibujos de Sidney Paget. Fue este excelente ilustrador quien, tomando los rasgos físicos de su hermano Walter, dio al detective la imagen que ha llegado hasta nosotros: nariz aguileña, mentón energético y calva incipiente. El vestuario y la pipa eran idénticos a los utilizados por el doctor Doyle.

Sobre la figura definitiva del gran rastreador circulan historias tan divertidas como la que sigue: Conan Doyle había ya precipitado a su criatura por las cataratas de Reichenbach, cuando el actor William Gillette decidió llevar a Sherlock Holmes al teatro. Enterado del odio del autor por su detective, cuyo éxito le impedía dedicarse a la novela histórica, ideó un plan para dar a conocer a Conan

Doyle sus propósitos. Sin advertir a nadie de su visita, llamó un día a la puerta del escritor caracterizado como el mismísimo Sherlock Holmes. No olvidó nada: macferlán a cuadros escoceses, gorra con orejeras y la inseparable pipa. En los bolsillos llevaba también la lupa y un juego de bigotes y barbas postizos. La artimaña del actor tuvo tanto éxito que el asombroso Conan Doyle dio allí mismo su permiso, y colaboró gustoso en la adaptación teatral de su obra. Mientras preparaba el estreno, fue el ingenioso Gillette quien decidía arrinconar la pipa recta que le cubría la cara e introducía en escena la popular cachimba curva que todos conocemos.

Cuando en 1939 la «Fox» se hizo con los derechos cinematográficos del

personaje, eligió como intérprete al actor inglés Basil Rathbone, cuyo físico era en todo exacto al de los dibujos de Sidney Paget. A lo largo de catorce películas de éxito mundial, Basil Rathbone y Nigel Bruce recrearon para lectores y espectadores las figuras ya prototípicas de Sherlock Holmes y el Dr. Watson.

Detectives de película

Ha sido el cine, por medio de su audiencia millonaria, el generador de las imágenes más conocidas de los héroes de la novela criminal: Warner Oland fue y sigue siendo para todos, Charlie Chan; Ronald Colman, Bulldog Drummond; Peter Lorre, Mr. Moto; Boris Karloff, Fu Manchú;

Sidney Poitier, Mr. Tibbs; Margareth Rutherford, Miss Marple y Albert Finney o Peter Ustinov, Hércules Poirot.

Este popular detective belga, creado por Agatha Christie en 1920, nos permite introducir ahora un breve comentario sobre la fuerza del cine, como generador de imágenes-clisé de los más famosos personajes de la narrativa policiaca.

Pondremos como ejemplo el caso español. A lo largo de cincuenta años, la Editorial Molino se ha encargado de publicar toda la narrativa de la autora inglesa. Cuarenta de estos títulos tienen como protagonista a Hércules Poirot y casi todos ellos han sido ilustrados a lo largo de los años por dibujantes tan conocidos como Bocquet, Lozano Olivares, Moreno, Jaime Juez o Riera Rojas.

Pues bien, el retrato-ficha que los lectores tienen del detective belga, no se corresponde con los dibujos de ninguno de los ilustradores citados, sino que, por encima de ellos, priva el rostro de los actores Albert Finney y Peter Ustinov, protagonistas respectivos de los films de reparto estelar, «Asesinato en el Orient Expres» y «Muerte en el Nilo».

Lo mismo sucede con el Comisario Maigret, el entrañable viejo del prolífico escritor belga, Georges Simenon. Mimado en los primeros años por los ilustradores europeos, muy pronto pasó a adquirir las facciones y la personalidad del actor Jean Gabin, quien en la película «Maigret prepara la pieza», primera de un ciclo dedicado al comisario, hizo una auténtica recreación del personaje. Otros actores han tenido luego el héroe de Simenon (Jean Richard, Gino Cervi, Heinz Ruhmann, etc.), pero ningún lector consigue ya disociar su imagen de la del veterano Jean Gabin.

Entre los ilustradores del relato policiaco destacan los colaboradores de las grandes revistas literarias, tanto europeas como americanas, cuyos dibujos, además de crear la mítica pri-



mera de la imagen criminal, dieron emoción e interés a personajes tan populares como el Dr. Thorndyke (R. Austin Freeman), El anciano del rincón (Baronesa de Orzy), Nick Carter (John Russell Coryel), Raffles (E.W. Hornung), Rouletabille (Gaston Leroux), Dr. Nikola (Guy Boothby), El padre Brown (G.K. Chesterton), Simón Templar «El santo» (Leslie Charteris), Sexton Blake (autores varios), La Sombra (Maxwell Grant), Ellery Queen (Frederic Dannay y Manfred B. Lee), Perry Mason (Erle S. Gardner), Arsenio Lupin (Maurice Leblanc), Fantomas (Pierre Souvestre y Marcel Allain), etc.

En la nómina de las grandes figuras del arte de la ilustración no podemos dejar de recordar a los europeos

Arthur Twidle, H.M. Brock, Herbert Paus, Frank Wiles, G. Dutriac, Leo Fontan, Máximo Ramos, Bartolozzi y Federico Ribas, y a los norteamericanos Frederic Dorr Steele, E.F. Ward, L.A. Shafer, J. Allan Maswell, Joseph Clement, Robert Fawcett, Tom Gill, Frank Goodwin, Alex Raymond, etc.

Y puesto que hablamos de revistas literarias demos paso ahora a los llamados *pulps*, publicaciones de precio barato impresas en sencillo papel de pulpa, donde nació a partir del año 1922 uno de los subgéneros de más éxito del relato policiaco: la novela negra.

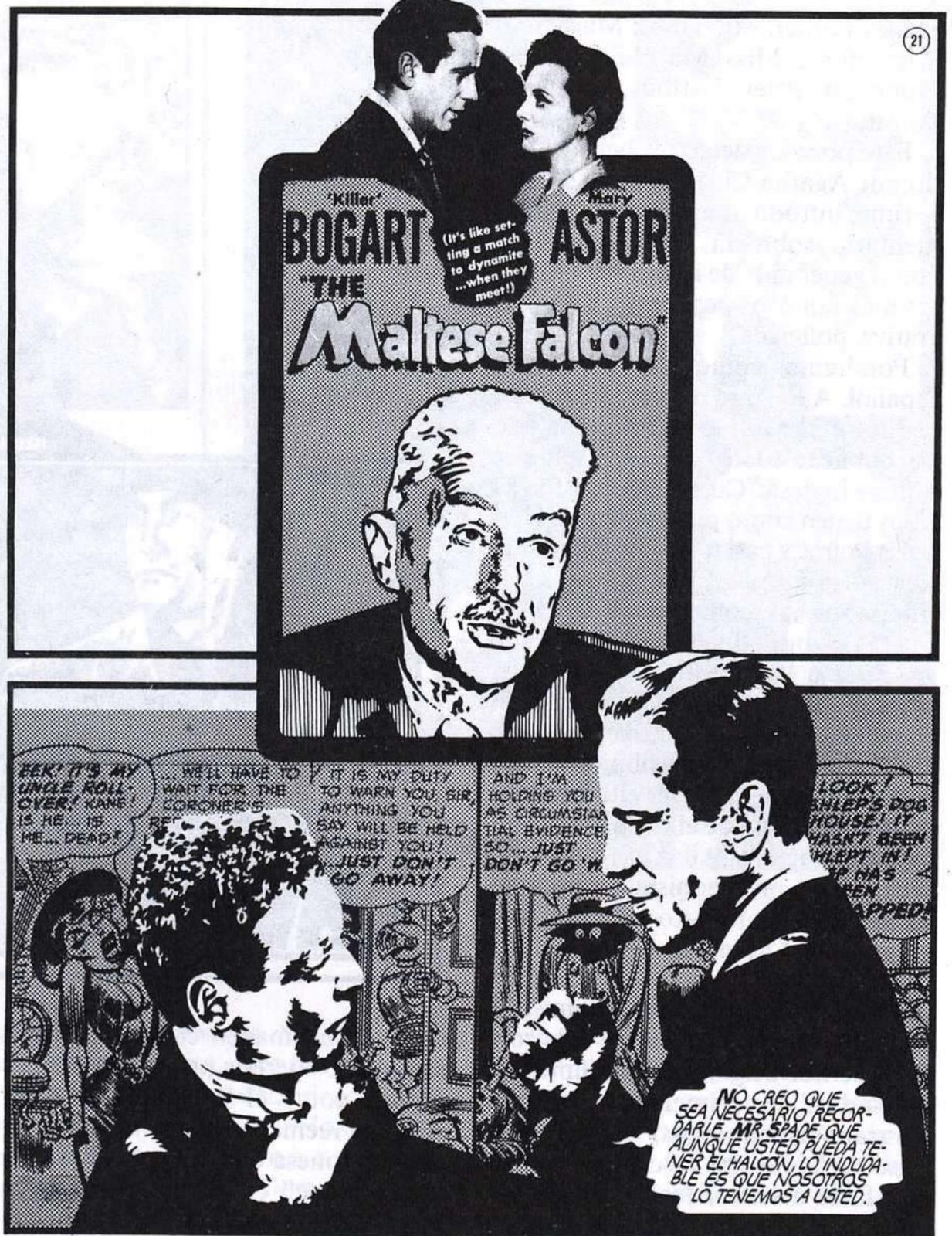
No es por capricho que nos aproximamos a esta narrativa que trasladó las pistolas y los crímenes a la calle, sino porque su misma trascen-

dencia en relación al tema que nos ocupa está fuera de toda duda. En la novela negra nacieron personajes tan populares como Sam Spade de Dashiell Hammett y Philip Marlowe de Raymond Chandler y en ella se sigue recreando ahora mismo el mundo de los gangsters, de los policías, de la corrupción política y del desarraigo social. A través de las páginas del pulp Black Mask, el llamado género duro por excelencia, ofreció al lector toda clase de imágenes impactantes protagonizadas por héroes y antihéroes.

Será también el cine el encargado de ofrecernos la versión más realista de la novela negra, por medio de adaptaciones tan conocidas como *El halcón maltés* de Dashiell Hammett, *El sueño eterno* de Raymond Chandler, *El cartero siempre llama dos veces* de James M. Cain y *El pequeño César* y *La jungla de asfalto* de W.R. Burnett.

Humphrey Bogart es para todos el investigador privado Philip Marlowe, Edgar G. Robinson el sosia de Al Capone, John Garfield, el cómplice enamorado de la novela de James M. Cain y Sterling Hayden el gran perdedor de *La jungla de asfalto*. James Cagney permanece en nuestra retina como el expresidiario sicópata de tantos y tantos films de gangsters, y Richard Widmark, con su sonrisa sádica, como el asesino de ancianas de «El beso de la muerte». No existen en este género pensado para la pantalla, ilustradores de prestigio que hayan dejado su impronta gráfica en un personaje determinado, sino que, de manera consustancial, es el rostro de tal o cual actor, la referencia obligada para identificar a Lew Archer (Paul Newman), Tom Ripley (Alain Delon), Mike Hammer (Stacy Keatch), Shaft (Richard Roundtree), Lemmy Caution (Eddie Constantine) o Tony Rome (Frank Sinatra).

La fuerza de la imagen cinematográfica supera a todas las preexistentes, tanto literarias como gráficas, y esa misma imagen, convertida en cli-



sé ha pasado a ser el modelo-ficha de tal o cual personaje de la ficción policiaca.

Lejos de la ensoñación que permite al lector su propia visualización del héroe literario, acercarse a un libro de Raymond Chandler es introducirse en una novela «protagonizada por el duro Bogart». Un resultado no del todo malo si el actor de referencia hace más intenso en nuestra mente el relato que estamos leyendo.

Sobre esta base gráfica de ilustración y cine me planteé en 1979 el libro *La novela policiaca*, un homenaje apasionado a los escritores, ilustradores y actores que han dejado en el relato criminal, su maestría literaria o su personalidad artística. ■

* Rai Ferrer es escritor y especialista en narrativa popular.

N. de R.: las ilustraciones del presente artículo pertenecen al libro *La novela policiaca* de Rai Ferrer y han sido cedidas por el autor.